

tumbres. Vallejo se solidariza con el hombre porque sabe que es mortal, porque nacer es vivir de la muerte.

Pero sigamos con el ritual fisiológico. ¿Logra Vallejo componer, con todos esos fragmentos un cuerpo real? Afirmo inmediatamente que no, al menos desde el sentido del poema. Lo único real en esta poesía es la sed, el hambre, la patentización de la carencia. Y esta carencia no se muestra como la mitad de un ser completo, sino, ya lo hemos repetido, como absurda. Una oreja tiene sed, un metacarpo solloza. Es naturaleza abandonada, sin remisión, sin esperanza. Es un grito callado. César Vallejo es, parece obvio, hondamente pesimista y sabe que el gran problema de la vida es la vida misma, el vivir. Al igual que Quevedo, ve en el nacimiento la sepultura, y en el vivir un crecer en la muerte:

Vasen de su piel, rascándose el sarcófago en que nacen
y suben por su muerte en hora en hora
y caen, a lo largo de su alfabeto gélido, hasta el suelo.

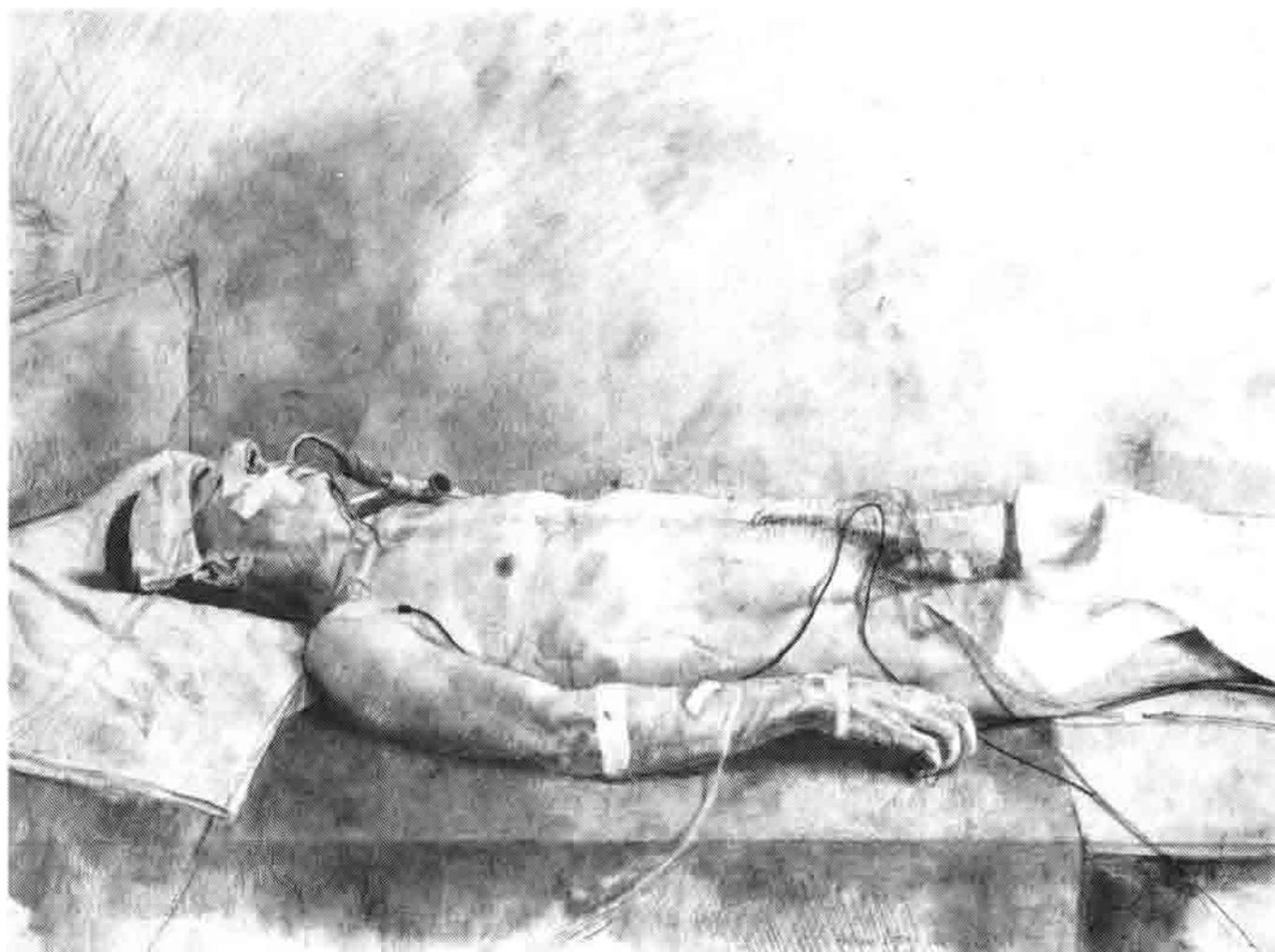
(de «Sermón de la barbarie»)

Estos versos me recuerdan el mito de Icaro, su vuelo, el intento de superar la naturaleza de su condición: salir del laberinto con unas alas de cera. Como todo deseo de absoluto, en algún momento se enfrenta con una realidad insoslayable, la de nuestra relatividad. Icaro pierde sus alas y cae, como cae el hombre de Vallejo «a lo largo de su alfabeto gélido, hasta el suelo». Tal vez pueda verse en ese alfabeto el lenguaje de la poesía, un fulgor enfriado, un vuelo que no le da la vida eterna. No hay en la poesía abolición de la muerte sino instantes que valen por la eternidad. Pero esto no lo pensó nunca Vallejo, o, al menos, no lo dijo. El ansiaba lo absoluto, y ante este deseo, los actos de los hombres, su carnalidad, tienen que parecerle relativos, parciales, desconectados, ridículos. La historia, el espacio en el que se mueve el hombre, es el dominio de lo relativo. Vallejo aspiró, como hombre de acción, y como teórico, a trascender esta relatividad en una sociedad socialista, utópica y como tal en no pocas ocasiones ingenua (su lectura del marxismo no fue rigurosa y sus escritos sobre la dialéctica marxista, la misión del escritor y la revolución están llenos de contradicciones). De haber vivido algunos años más hubiera visto desmoronadas sus expectativas sociales, que él proyectaba en Rusia. Pero quizá no le hubieran sorprendido demasiado los crímenes estalinistas: su pesimismo era mineral, sabía que el hombre es un Osiris despedazado sin posible Isis que recomponga sus fragmentos. Esto es el hombre —parece decirnos— y súpelo.

No exaltó la vida, quiso transformarla, y vio en los cuerpos la señal de la caída, un gesto ridículo y triste. No vio a la mujer sino a la madre paridora, a la madre tumba, a la madre-útero de donde nació su muerte. Siempre fue el hijo grande que salió del féretro del útero para seguir muriendo. En toda su poesía no hay un gozar de lo que somos. Vallejo estaba profundamente peleado con lo que es el hombre: temporalidad. Este tiempo que surge para desaparecer fue para él una caída. Su poesía no nos enseña a vivir ni a morir; tampoco es la misión de la poesía «enseñarnos» nada. Amaba a los hombres con un amor religioso, lo que equivale a decir con una buena dosis de abstracción. Sin embargo es un gran poeta. En su poesía nuestro idioma se trastoca y se ordena de forma distinta. Su experiencia poética es la creación de un nuevo lenguaje, y aquello

que nos muestra parece no haber existido antes. Leer a César Vallejo es asistir a unos de esos raros momentos en que la lengua extrema sus poderes. Tanto si utiliza expresiones populares como cultas, Vallejo transforma el idioma heredado en otro: en poesía. Las expresiones de todos los días se convierten en la expresión de un solo día: el tiempo del poema. Ese tiempo al que me refiero va más allá del sentido, de los conceptos y actitudes a los que aquí me he referido brevemente. Ese tiempo del poema, de la poesía de Vallejo, no es nada eterno, pero es algo real, y en él nos muestra uno de los gritos más minerales de nuestra poesía.

Juan Malpartida



Antonio López: *Hombre operado* (Dibujo, 1969)



Los padres y hermanos de Vallejo

Sentados, al centro: María de los Santos Mendoza Gurionero y Francisco de Paula Vallejo Benítes. De pie, y de izquierda a derecha: Víctor Clemente, Victoria Natividad, Augusto José, Manuel Natividad, María Agueda y Néstor Pablo Vallejo Mendoza. Sentados, en la parte inferior, los hijos de Víctor Clemente. (No figuran en la fotografía: María Jesús, Francisco Cleofé, María Encarnación, Miguel Ambrosio y César Abraham Vallejo Mendoza)